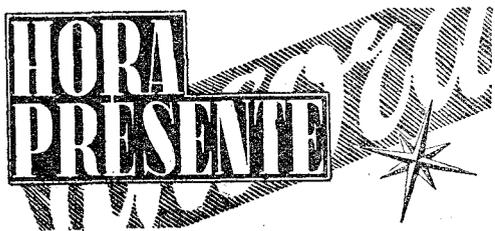


anconra

SAN FELIU DE GUIXOLS - 25 JUNIO 1959
NÚM. 587 AÑO XII

Adiós a las "perras chicas"



Dicen que van a ser retiradas de la circulación. Serán retiradas porque en las transacciones mercantiles su valor fraccionario ya no sirve. Cinco céntimos en la tasación de precios no representan nada. Son más bien un estorbo que una ayuda en la compra-venta. Apenas si representa algo su hermana mayor la «perra gorda». Posiblemente a ésta también le llegará el turno de la caducidad, a no tardar mucho, vista la rápida desvalorización de la calderilla.

La unidad céntimo ya no figura prácticamente en las tarifas actuales. Sólo sirve para efectuar meticulosos cálculos de porcentaje y como motivo de preocupación para los empleados administrativos. Pero nada más.

Cinco céntimos no los admite ya ni un mendigo miserable. Con ellos no se puede comprar nada. Ni un minúsculo caramelo. De ahí que nadie se molesta en agacharse si los encuentra en el suelo.

¡Qué lejos están aquellos tiempos en que las monedas de dos céntimos movilizaban a toda la plantilla de mendigantes que indefectiblemente había en cada población! Aun recordamos, los que ya hemos rebasado los cincuenta, aquellas nutridas colas que se formaban delante de las casas pudientes, en ciertos días de la semana, para recibir la moneda de uno o dos céntimos (las más ricas o caritativas llegaban a cinco) que la señora o sirvienta iba entregando por riguroso turno. Había un horario y un día fijos semanales, para cada casa. Una especie de calendario limosnero que muy bien se sabían de memoria la pléyade de mendigos. Algunos de estos se tomaban tan en serio el «oficio» que se

cuenta de uno que, habiendo llegado tarde, cierto día, al reparto de limosnas la señora le reprendió por su falta de puntualidad. A lo que él replicó:

—Mire Vd. señora, yo también tengo mi pundonor, y no me gusta que me vengán con exigencias. Por lo tanto, desde hoy ya puede Vd. buscarse pobre. Y no volvió más a aquella casa.

Hoy, esto, no puede suceder porque está prohibida la mendicidad. Pero si así no fuera, seguramente que a menos de peseta no habría quien se prestara a hacer el papel de pobre. Tanto han cambiado los tiempos.

Las monedas de cinco céntimos van a pasar a mejor vida. Serán una pieza más en los museos y en las colecciones numismáticas. Ya no correrán de mano en mano portando toda la gama de microbios. Las que queden se las cuidará y limpiará como piezas antológicas de una época en la que la unidad céntimo tenía un valor efectivo. La frase «no tengo un céntimo» carecerá de sentido. Lo mismo que ocurrió con el «chavo» y el «cuarto».

Desde ahora lo propio será exclamar: No tengo billetes. Y al paso que van las cosas, y con el enorme trasiego de papel moneda, de mayor valor nominal cada día, no sería de extrañar que dentro de pocos años manejemos los millones con la misma naturalidad con que nuestros abuelos manejaban las piezas de céntimo. Así son de relativos los valores materiales.

Con la supresión de las monedas de cinco céntimos se cierra un período de la vida económica contemporánea. Una época en que los negocios se hacían a paso regular y muchas fortunas se amasaban poco a poco, generación tras generación. Hoy todo va rápido, las máquinas y la manera de hacerse rico. Con una simple quiniela puede uno convertirse en millonario de la noche a la mañana. Con pocas cavilaciones.

Sintonia

Peligro de muerte

No es peligroso este título aunque lo pregone. El peligro parece encontrarse en una de las casas de cierta calle céntrica de la ciudad. En la puerta pueden leerse estas tres palabras, acompañadas de la técnica visión de la consabida calavera y del par de tibias.

«Peligro de muerte», dice. —¿Y qué?— puede uno preguntarse. ¿Dónde es que no lo hay en estos tiempos? Por esto parece algún tanto pueril leer tal anuncio y más, todavía, leerlo en medio de los demás anuncios «dernier cri» de la ciudad. Esto estaba bien años atrás, cuando siendo mozalbetes salíamos en despoblado y nos deteníamos a contemplar estas tres palabras en los postes de alta tensión. Tentados estábamos, más de una vez, a recitar algo del Hamlet ante aquella «calavera eléctrica».

Pero ahora ya no surte efecto el contemplarlo, aunque se nos haya venido a instalar en la ciudad. Muchos otros peligros le ganan en ventaja y en manifestación, sin necesidad de recurrir a estridencias macabras. En el trabajo, en la calle, en la propia casa, por todas partes acecha el riesgo.

Con todo, no se puede pretender el restar admiración a los vecinos de la calle del peligro, aunque éste esté circunscrito a una sola morada, y también sería interesante ver la descripción que de la misma nos daría nuestro amigo de Redacción Lupaxa.

Sin embargo, es de creer que tratándose de un rótulo dentro el campo de la electricidad, lo que más nos interesaría a todos sería el ver más luz en las calles y no tener que contemplar ninguna calavera, puesto que entonces ya sabríamos donde estaría el peligro.

¡Cómo han cambiado los tiempos. Dios mío!

Por eso los que hemos gozado del alegre tintinear de las monedas de cobre en el bolsillo no podemos evitar de despedirnos de las más pequeñas con un ¡adiós, perras chicas! Con vosotras se va otra ilusión de nuestros primeros años. — **Xavier**